

# BIG



# SWISS

Una novela irreverente, rarísima y superdivertida

# JEN BEAGIN



## JEN BEAGIN

Tiene un máster en Escritura creativa por la Universidad de California en Irvine y ha sido galardonada con el Premio Whiting de narrativa. Su primera novela, *Pretend I'm Dead*, fue finalista del Premio a la Primera Novela del Center for Fiction, y *Vacuum in the Dark* fue finalista del Premio Bollinger Everyman Wodehouse de narrativa cómica. Vive en Hudson, Nueva York.

**Dos bichos raros. Dos perras en celo.  
Y un pueblo donde hasta el frío tiene trauma.**

En un pueblo donde el frío se cuele por las paredes y las abejas viven en las vigas, Greta se gana la vida escuchando lo que nadie debería oír. Transcribe las sesiones de terapia sexual de otros, sus secretos, sus dudas, sus deseos. Pero una voz la detiene en seco, la de Big Swiss, una mujer alta, suiza, casada y empeñada en reconstruirse tras el trauma.

A sus 45 años, Greta arrastra una pérdida que la marcó para siempre y una culpa que nunca terminó de entender. Por eso, cuando Big Swiss se cruza con ella en un parque para perros sin saber que ya ha confesado todo frente a ella, algo se enciende, Greta siente no solo deseo, sino una oportunidad de ser, por fin, vista.

*Big Swiss* es una novela audaz, hilarante y profundamente humana: una historia sobre cómo el deseo puede ser tanto refugio como trampa, y sobre las mentiras que contamos para sentirnos reales.

«Absolutamente adictiva...  
Me reí tanto que me dolía».  
—GILLIAN ANDERSON—.

BIG SWISS

# BIG SWISS

JEN BEAGIN

TRADUCCIÓN DE MARTA SEVILLA



Título original: *Big Swiss*

© Jen Beagin, 2023

© Traducción: Marta Sevilla

Published in agreement with Creative Artists Agency

© Malpaso Holdings S. L., 2026

Riera de Sant Miquel, 30, sótano 3

08006 Barcelona

[www.malpasoycia.com](http://www.malpasoycia.com)

ISBN: 978-84-129557-9-8

Primera edición: 2026

Producción del ePub: booqlab

Maquetación: Malpaso Holdings S. L.

Diseño de cubierta: Ilallalí Hernández

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

*Para Stefan*

# 1

Greta la llamaba Big Swiss porque era alta y de Suiza, y a menudo vestía de blanco de pies a cabeza, el color de la rendición. Su pelo rubio era tan fino como el vilano de un diente de león y parecía que fuera a salir volando de su cabeza si soplaba una fuerte brisa. Tenía un hueco entre los dos dientes delanteros, pero sin el gracioso encanto que solía acompañarlo, y sus ojos azul pálido eran penetrantes, como los de la líder de una secta. Llamaba la atención allá donde iba, incluso la de los niños y los perros. Su belleza era como la misma Suiza, impresionante pero estéril, y su estoicismo teutónico hacía que los que la rodeaban parecieran libertinos emocionales o, usando un término más psiquiátrico, putos casos perdidos.

Pero todo esto eran puras especulaciones por parte de Greta, que nunca había conocido en persona a Big Swiss y probablemente nunca lo haría. Tampoco había viajado nunca a Suiza. Había visto fotos y no parecía un lugar real. Big Swiss, sin embargo, era muy real. Greta la conocía por sus iniciales (FEW), su fecha de nacimiento (23-05-90), su identificador de cliente (233) y su voz, grave, potente y un poco triste. Tal vez porque Big Swiss era muy inexpresiva o porque Greta no podía verle la cara, su voz evocaba un montón de tonterías. Como los pezones de un perro. Como agujas de pino mojadas. Como la propia Greta, escondida en un armario, rodeada de abrigos de visón. Por lo demás, tenía una cualidad táctil distintiva que Greta aprobaba. Era una voz con la que podías engancharte el jersey, o quizás astillarte un diente, pero también era lo bastante dulce como para chuparla, para dormir con ella en la boca.

En ese momento, Big Swiss estaba hablando de su aura, lo que habría sido insoportable en cualquier otra voz. Al parecer, según Big Swiss, las auras no solo varían de color, sino también de tamaño, y la suya era «del tamaño de una barcaza». Entraba en las habitaciones antes que ella y, o te quitabas de en medio, o te acribillaba; tú elegías. Big Swiss también sufría. Su aura le impedía estar más de veinte minutos en una habitación con techo bajo, y ni en un millón de años habría podido vivir en un sótano. Se sentía incómoda con cualquier cosa que se le acercara a la cara, incluidas las caras de los demás. Dormía sin almohada. No le gustaban los paraguas. Por otra parte, no podía comer nada que no estuviera bañado en salsa picante o algún otro condimento intenso, como el Gentleman's Relish, que contenía pasta de anchoas. Le ponía sal a todo, incluso a las naranjas. Le costaba estar en su cuerpo, por eso le gustaba estar a la intemperie y siempre estaba quemada por el sol, despeinada por el viento o mojada por la lluvia.

«Tu aura me está provocando una herida en la cabeza», habría dicho Greta si hubieran estado en la misma habitación. «Estoy aferrada al costado de la barcaza, sangrando por el cuero cabelludo».

Pero Greta y Big Swiss no estaban en la misma habitación, ni siquiera en el mismo edificio. Greta estaba a kilómetros de distancia, sentada ante el escritorio de su propia casa, llevando solo auriculares, guantes sin dedos, un kimono y calentadores. Su trabajo consistía en transcribir la voz incorpórea, grabar sus palabras exactas, junto con las de la persona con la que hablaba Big Swiss, un *coach* sexual y de parejas que se hacía llamar, sin un ápice de ironía, Om. Su verdadero (y perfectamente decente) nombre era Bruce, y Big Swiss era una de sus muchas clientas. Casi todo el mundo en Hudson, Nueva York, donde vivía Greta, había contado sus penas en el sofá de este hombre. Estaba escribiendo un libro, por supuesto, y había contratado a Greta para transcribir sus sesiones. Hasta el momento, Greta había realizado unas tres docenas de transcripciones, por las que él le pagaba veinticinco dólares la hora.

En su anterior trabajo, Greta clasificaba y contaba pastillas, las metía en frascos y, cuando el paciente recogía la medicación, le hablaba de sus zurullos. «Soy técnica farmacéutica», decía Greta suavemente. «No una enfermera». Cambiaban de tema. Antes de que ella pudiera detenerlos, soltaban algo como esto: «Mi marido me pegó durante treinta años. He sufrido varias conmociones cerebrales y no tengo hijos que me cuiden. ¿Podría darme esta receta de Rivotril ahora mismo y hacerme un descuento?». En casos como este, Greta había recurrido a menudo al farmacéutico, un alcohólico amargado llamado Hopper. «Soy técnico farmacéutico, no psiquiatra», susurraba. «Y la receta de esta señora es para una sola vez. Ocúpate *tú* de ella». Hopper era relativamente joven (cincuenta y dos años), sufría de hipertensión y problemas renales, y tenía compuestos químicos tatuados en los antebrazos. No las típicas tonterías cursis, como la estructura química del amor, ni tampoco dopamina o serotonina. Prefería los tatuajes de moléculas de drogas (cafeína, nicotina, THC) y no servía para nada si las tres no estaban en su torrente sanguíneo al mismo tiempo, además del alcohol.

A Greta le gustaba conocer los secretos de la gente. Ese no era el problema. El problema era que los drogadictos la miraran fijamente bajo luces fluorescentes mientras por los altavoces sonaba «I'd Really Love to See You Tonight» o «Touch Me in the Morning». La farmacia era calurosa, luminosa y escalofriante, y Greta exageraba su lenguaje corporal y sus expresiones faciales, como si actuara en una película muda. Al fin y al cabo, los drogadictos solo querían su droga, y Greta solo quería sentarse. Le dolían las piernas y los pies. Por primera vez en su vida había empezado a llevar medias, y no solo un par, sino dos, además de calcetines negros de compresión. No le quedaban muy bien, pero sentía la necesidad de que la sujetaran. De que la apretaran.

Y un día, un hombre le entregó una receta de oxicodona y un par de pantalones, exigiéndole que se la dispensara y que le remendara los pantalones. «Soy técnica farmacéutica, no costurera», le explicó, «y esta receta es falsa, señor». Él la miró con asco y sacó una pistola. Era

Nochebuena. Hopper le entregó inmediatamente 260 unidades del analgésico opioide de 80 mg y el drogadicto se marchó riendo. Murió de sobredosis dos días después. A la semana, Hopper se suicidó en la farmacia, después de cerrar. Salió en las noticias de la noche y en todos los periódicos.

¿Y Greta? Imperturbable, como siempre, notando cómo le apretaban los calcetines. Cuando se los quitó sintió algo de tristeza, nada grave. Esto molestó a alguien (su prometido), que esperaba signos visibles de angustia (sollozos inconsolables), sobre todo teniendo en cuenta el suicidio de su madre cuando Greta tenía trece años, tras lo cual había vivido con varias tías en California, Arizona y, finalmente, New Hampshire, donde fue al instituto. Su prometido no dejaba de cachearla, comprobando si llevaba pastillas en los bolsillos, preocupado por si planeaba quitarse la vida. «Ves demasiado la tele», le dijo Greta. «Esto no funciona así. Las cosas no son tan sencillas». Además, los intentos de Greta eran como las endodoncias: dolorosos, humillantes y casi siempre seguidos de un largo período de gracia. Su período de gracia actual podía durarle otros cinco años.

Aunque no fue ella quien había encontrado el cadáver de su madre, sí había descubierto el de Hopper. Se había disparado en el corazón, no en la cabeza, pero había fallado y había muerto de un infarto. Su madre se había disparado en la cabeza, no en el corazón, y no había fallado. Ambos habían dejado notas, así como lo que Greta consideraba posdatas involuntarias. La de Hopper era que había muerto de costado junto a las aspirinas, que, de haber seguido las instrucciones del medicamento, podrían haber evitado su muerte. La de su madre era un largo mechón de pelo unido a un pequeño trozo de cuero cabelludo, una posdata que había atormentado a Greta durante años.

—¿Todo esto no te remueve? —le preguntó su prometido, aturdido.

—No me remueve —había dicho—, porque mi cabeza es una hormigonera gigante permanente.

—Así que tienes sentimientos —dijo su prometido—. Solo que están enterrados. Tal vez sea hora de que empieces a romper el cemento.

—¿Con qué, con un martillo neumático?.

—¿Qué tal con un psicólogo?

Greta había vuelto a ir a terapia. Después de escuchar toda su historia, que había tardado diez semanas en contar, el psiquiatra le diagnosticó un trastorno de distanciamiento emocional, lo cual a Greta le parecía una exageración, pues prefería pensar que su actitud era más bien la de tener «aplomo» en un mal día, «introspección» en uno bueno y, cuando se sentía bien consigo misma, «serenidad». Le había hecho algunas recomendaciones algo estrambóticas: yoga energético, hipnosis, gritos primarios, desensibilización y reprocesamiento por movimientos oculares (EMDR), acupuntura y bailar swing. También le recomendó que dejara la cafeína y la nicotina.

En lugar de eso, Greta dejó la terapia. Luego dimitió, puso fin a su relación, se mudó al otro lado del país y cambió de profesión. Años antes había trabajado para una «empresa de preparación de documentos». Su labor consistía en transcribir audios para empresas de alta tecnología, científicos que realizaban investigaciones cualitativas, periodistas, profesores y psicólogos. Había conservado el equipo todos esos años porque disfrutaba escuchando a escondidas, trabajando sola en casa, sin hablar durante muchas horas seguidas. Llevaba toda la vida escuchando y tendía a rodearse de gente enamorada de su propia voz. No le preocupaba que el trabajo requiriera muy poca destreza y pudiera ser realizado fácilmente por robots o programas informáticos. Cuando aterrizó en Hudson, envió un correo electrónico a los seis psiquiatras de la ciudad y les ofreció sus servicios de transcripción. Solo respondió Om.

Ahora los secretos le llegaban directamente a los oídos, sin música ambiental ni dolor corporal. De hecho, esos días Greta apenas se levantaba. Solo movía los dedos, y no muy rápido. Aunque no era en

absoluto una excelente mecanógrafa, era discreta, y como Hudson era tan monocorde y cotilla, la discreción lo era todo. Había firmado lo que parecía un acuerdo de confidencialidad bastante legal, por lo que tenía prohibido hablar mal de los clientes de Om. No es que quisiera hacerlo; siempre había sido menos habladora que pensadora, y apenas salía de casa. Normalmente esperaba hasta media tarde para empezar y luego trabajaba hasta la hora de acostarse. Ellos hablaban y ella tecleaba, noche tras noche.

Big Swiss no se parecía a los demás clientes de Om. No tenía la costumbre de añadir un signo de interrogación al final de cada frase, ni siquiera cuando hacía una pregunta. Nunca exclamaba. Cuando estornudaba, decía «achís» del mismo modo que decía «hola» y «gracias». Hablaba despacio, pronunciando cada palabra, a la velocidad exacta a la que Greta tecleaba, así que parecía como si estuvieran interpretando juntas una pieza musical, algo improvisado y fuera de lo común, en un concierto sin público. Greta rara vez tenía que rebobinar para volver a escuchar o parar por completo y teclear [INDISCERNIBLE], cosa que odiaba hacer. Había algunos [SUSPIROS], [ESTORNUDOS] y [CARRASPEOS] por parte de Big Swiss, pero Om no quería nada de eso en las transcripciones. Tampoco se le permitía incluir un [DENSO SILENCIO] ni ninguna de las muchas [PAUSAS] y [QUEJIDOS]. Por alguna razón, la hoja de estilo de Om permitía [SILBIDOS], [CANTOS] y [APLAUSOS], a pesar de que nadie hacía esas cosas en terapia, junto con [RISAS] y [LLANTO]. Ah, y [RESPIRACIÓN], que a veces hacía con clientes que estaban abiertos al kundalini, una de sus pasiones.

La primera sesión de Om con un cliente solía durar entre cinco y siete minutos más de lo habitual, pero su primera sesión con Big Swiss duró quince minutos *menos*. Así fue como Greta supo que Big Swiss era hermosa: Om se había olvidado de pulsar el botón de grabación. O eso, o había borrado los primeros quince minutos, lo que no era propio de él. Además, su voz había bajado una octava y no paraba de jugar con el bolígrafo.

OM: Mientras hablabas de tu aura, me pareció detectar un leve acento. ¿De dónde eres originaria?

FEW: ¿De dónde crees que soy?

OM: Espera, déjame pensar. Eres de... de alguna parte en el Medio Oeste. De Illinois, no. De Ohio, no. De Nebraska, no...

FEW: No sigas, te lo diré. Nací en...

OM: Espera, ya lo tengo. Michigan.

FEW: No.

OM: Eres originaria de Wisconsin.

FEW: Incorrecto.

OM: ¿Minnesota?

FEW: D...

OM: Dakota del Sur.

FEW: De *Suiza*.

OM: ¡Por eso eres tan alta y rubia!

FEW: Suiza. No Suecia.

OM: Es curioso, crecí escuchando a ABBA en casete...

FEW: Suiza, repito. No sueca. *Suiza*. Como el queso.

OM: ¿No hay muchas rubias altas de ojos azules en Suiza?

FEW: Hay muchas. Pero la mayoría de las suizas son morenas de estatura media, y mis ojos son grises.

OM: Así es. Recuérdame por qué más es famosa Suiza.

FEW: Queso, chocolate. Suicidio, supongo.

OM: ¿Se suicida todo el mundo en Suiza?

FEW: Bueno, es legal. Ahora mismo el turismo suicida es muy importante allí.

OM: ¿Tienes o has tenido alguna vez tendencias suicidas?

FEW: No.

OM: ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Hudson?

FEW: Yo no vivo en Hudson. Vivo al otro lado del río. Me mudé a Estados Unidos para ir a la universidad.

OM: Tu voz es muy inusual... e interesante. Me pregunto si cantas. ¿Eres cantante?

FEW: Dicen que mi voz es como una cuchilla. Cuando pido pasteles en la panadería, parece que estoy ordenando la ejecución de alguien.

OM: ¿Quién lo dice?

FEW: Mucha gente. Mi madre dice que mi voz le afloja los dientes.

OM: Vaya. Qué cosa tan curiosa para decirle a una hija.

FEW: Me lo dijo durante años.

OM: Me pregunto si ves tu trauma como parte de tu... *aura*.

FEW: No.

OM: La palabra «aura» se forma con letras de la palabra «trauma», acabo de darme cuenta.

FEW: En todo caso, algo en mi aura puede haber causado el trauma. O en todo caso, mi aura empeoró el trauma.

—¿Qué trauma? —dijo Greta en voz alta.

OM: ¿No crees que puede que te incomode que la gente se te acerque a la cara por lo que pasó?

—¿Qué? —dijo Greta.

FEW: Quieres que diga que sí. Parece que quieras causa y efecto.

OM: Bueno, es algo real. Seguro que te ha afectado de alguna manera. ¿Podemos hablar un poco de cómo tu trauma ha afectado a tus relaciones?

FEW: ¿Podemos dejar de utilizar la palabra «trauma»?

OM: ¿Por qué?

FEW: Para mí lo que pasó no es una excusa.

OM: ¿Una excusa para qué?

FEW: Pereza o inercia. No lo utilizo para explicar mi propia rabia o agresividad. No estoy apegada a mi sufrimiento. No estoy apegada a lo que me pasó. No creo que lo diga todo de mí, porque no lo he convertido en parte de mi identidad. Soy una trabajadora, no una víctima. Nunca diría que soy una «superviviente». Simplemente, no soy una de esas personas traumatizadas.

OM: ¿Qué es una persona traumatizada?

FEW: Alguien que no puede dejar de decir la palabra «trauma». La gente traumatizada me resulta casi tan insoportable como los seguidores de Trump. Si intentas sugerirles que dejen de lado su sufrimiento, su victimismo, se sienten retraumatizados. Quiero decir... Sí, lo que te pasó es una mierda, no lo niego, pero ¿por qué sigues revolcándote en ella? Si dejaran de hacer eso durante dos segundos y se sobrepusieran a sí mismos, aunque fuera un poco, podrían llegar a ser lo que estaban destinados a ser.

—Guau —dijo Greta—. Vale.

OM: Supongamos que una mujer ha sido violada en grupo a punta de pistola y parece que no puede recomponerse, dejar de beber, volver al trabajo o encontrar sentido a su vida.

FEW: Bueno, hay una jerarquía, ¿no?

OM: No lo creo.

FEW: Si pensaras que no la hay, no habrías utilizado ese ejemplo. Habrías dicho: «Supongamos que a alguien le molesta su vecino» o «su madre no cuidó de él», o «se ha sentido intimidado toda su vida». Pero hay una jerarquía. A la gente traumatizada no le gusta oír eso. Para ellos, todos los traumas importan.

OM: ¿Dónde situarías tu trauma en la jerarquía?

FEW: Lo único que digo es que los traumas no te proporcionan un permiso para salir de la cárcel de por vida. Tampoco confieren necesariamente sabiduría, ni derecho a pontificar, cosa que me doy cuenta de que estoy haciendo ahora mismo.

OM: Bueno. Estoy dispuesto a admitir que la vida trata a algunas personas con más dureza que a otras, y que tú puedes elegir cómo afrontarlo. Puedes decidir lo que quieres hacer con ello, pero no hasta después de abordarlo, lo que, lamento decirlo, implica hablar de ello, durante el tiempo que haga falta, identificar los miedos y los detonantes...

FEW: Detonantes. Dios. Por eso no me gusta la terapia. Odio este lenguaje.

OM: ¿Tienes pesadillas?

FEW: ¿Qué?

OM: ¿Tiene terrores nocturnos o problemas para dormir?

FEW: Tengo pesadillas de vez en cuando, como cualquier ser humano.

OM: ¿Te consideras adicta?

FEW: No.

OM: ¿Bebes o consumes drogas?

FEW: No soy adicta, Om, y no lo digo porque esté en fase de negación. Buen intento.

OM: Si no utilizas la palabra «trauma», ¿cómo llamas a lo que te ocurrió?

FEW: Yo digo lo que fue: una paliza.

—Uf —dijo Greta.

OM: Te agredieron.

FEW: Recibí una paliza, sí.

OM: ¿Cómo afectó la paliza a tus relaciones?

FEW: No lo hizo. Estoy aquí porque no tengo orgasmos.

—¡Oh! —dijo Greta.

OM: ¿Eso empezó después de la paliza, o ya te pasaba antes?

FEW: Nunca he tenido un orgasmo en mi vida, ni siquiera yo sola.

—¿Perdón? —dijo Greta.

FEW: Y esto es lo más divertido: tengo veintiocho años.

OM: La edad es solo un número.

FEW: Estoy casada. Llevo seis años casada.

OM: El matrimonio no garantiza necesariamente la satisfacción...

FEW: También soy ginecóloga.

—¿Es broma? —dijo Greta.

OM: ¿Estás casada con un hombre?

FEW: Sí.

OM: ¿Sabe que estás aquí?

FEW: Fue idea suya.

OM: ¿Describirías tu matrimonio como de poco sexo o sin sexo?

FEW: Yo lo describiría sobre todo como pajas y mamadas.

OM: ¿Y qué te parece?

FEW: Me parece una pesadez, pero también me siento mejor después. Es como pasear al perro y beber hierba de trigo al mismo tiempo.

OM: ¿Tienes un perro?

—¿Tienes un *perro*? —repitió Greta—. ¿En serio, Om?

Greta miró a su propio perro, Piñón, un Jack Russell blanco y negro. Piñón estaba lamiendo la puerta —otra vez—. Puso el audio en pausa, tomó nota de la hora y se quitó los auriculares. De todos modos, le tocaba un descanso.

—Piñón —dijo Greta—. Nada de lamer, maldita sea.

Él la ignoró. Sus párpados aleteaban. Parecía estar en trance. Greta le lanzó una zapatilla, pero se quedó corta.

La puerta, junto con todas las paredes de la habitación de Greta, así como el techo, estaban cubiertos de muchas capas de antigua pintura a base de plomo. La pintura llevaba desconchada cien años. Cada vez que pasaba un camión, caían motas de pintura al suelo, sobre los muebles o, en muchos casos, en la almohada de Greta mientras dormía. Las alegres motas azules y amarillas aparecían constantemente en su largo pelo y en sus blancas y limpias sábanas. A veces se preguntaba si sufría de envenenamiento por plomo, de ahí la disminución de su coeficiente intelectual y sus sueños cada vez más estúpidos, pero, para eso, se suponía que la pintura tendría que estar cayendo directamente en su boca, y no era así. Sin embargo, caía directamente en la boca de Piñón, que solo pesaba nueve kilos.

—Enséñame la lengua —dijo Greta.

Se detuvo, con la lengua aún en la puerta, y miró hacia otro lado. Le gustaba fingir que no sabía si le hablaba a él o a otro perro, pero él era el único perro que había allí. Pensaba que podía desgastar la puerta lamiéndola hasta destrozarla, que era lo que hacía con las pelotas de tenis, lamiendo la lanosa superficie durante cuarenta y cinco minutos, despellejándola después con sus dientes rugosos como

la azufaiifa y luego lamiendo el núcleo hueco de goma hasta que se salía todo el aire y la pelota estaba oficialmente muerta. Las ratas eran más fáciles y llevaban menos tiempo que las pelotas de tenis. Hasta ahora había matado más de una docena, ratas de campo grandes y gordas, además de ratones, marmotas y crías de conejo.

Lo dejó salir de casa y escuchó a sus otras cohabitantes. Solo se oía un leve zumbido en el sótano. Bajó las escaleras con cuidado, en calcetines, mirando dónde pisaba. Sus cohabitantes habían empezado a morir poco después de que ella se mudara. A veces solo estaban medio muertas y se retorcían en el suelo, y ella las pisaba por accidente, lo que, por supuesto, le molestaba. Nunca había pensado en ellas como individuos, pero ahora que se estaban muriendo, se aseguraba de mirarlas a todas. ¡Qué cuerpos tan peludos! Qué ojos tan raros. A veces morían en parejas y parecían cogidas de la mano. Las encontraba por todas partes, en alféizares y encimeras, en tazas y cajones. La semana pasada había encontrado una en el cepillo del pelo.

Sus cohabitantes eran sesenta mil abejas. Y una humana llamada Sabine, que seguía viva y se estaba fumando un cigarrillo. No, no era francesa. Pero le encantaban el tabaco y la mantequilla. También sabía algunas cosas sobre el vino, tenía un gusto exquisito en arte y ropa de cama, trabajaba lo menos posible y se esnifaba una raya de cocaína o se tomaba unas pastillas si se las ponías delante, pero se mantenía alejada de los alucinógenos. Sabine, de cincuenta y tantos años, acababa de divorciarse y estaba soltera. En lugar de apuntarse a una web de citas, había comprado la antigua granja holandesa en la que vivían Greta y ella. La casa tenía una superficie de cinco hectáreas y estaba rodeada de frutales y granjas lecheras. Aunque parecía estar en medio de la nada, solo estaba a un kilómetro en coche de la ciudad.

Greta había oído describir la casa como «la casa de *El club de la lucha* con muebles cómodos», pero era un siglo y medio más antigua y mucho más bonita. Holandesa, no victoriana. Construida por ricos comerciantes de pieles en 1737, la casa había estado deshabitada

durante más de cien años. No, no estaba encantada. Sus únicas comodidades eran la electricidad y el agua corriente, y carecía por completo de aislamiento.

Desde la distancia, el exterior de ladrillo parecía robusto y sin fruslerías. Por dentro, sin embargo, todo eran fruslerías, aunque hermosas: paredes de yeso desconchadas; capas de papel pintado descascarillado que podían contarse como los anillos de un tronco; grandes ventanas con cristales agrietados o ausentes; amplias puertas holandesas con herrajes originales; suelo de tablones de pino con huecos entre las tablas, lo que facilitaba las escuchas; y una enorme chimenea en la cocina con una grúa de hierro para cocinar en el hogar. Sabine vivía en el piso superior, Greta en la planta baja, en lo que antes era el salón, y las abejas en la cocina, que estaba en el sótano.

Greta sospechaba que los comerciantes de pieles habían tenido esclavos y que habían vivido en la pequeña habitación que había junto a la cocina, donde ahora Sabine cultivaba marihuana y donde Greta a veces comprobaba si había fantasmas. Ella nunca vio ninguno, pero ¿quizá Piñón sí? El pelaje negro de su cara se había vuelto de un blanco crudo y repentino una semana después de que se mudaran. El *shock*, presumiblemente, se habría debido a ver las almas de los esclavos muertos, o (más probablemente) a encontrarse en el valle del Hudson después de haber vivido en California toda su vida. Muchos cabellos de Greta también se habían vuelto blancos, y Sabine tenía un mechón blanco en el lado izquierdo de la cabeza que, según ella, le había dado el diablo.

—¿Cuándo? —preguntó Greta. ¿Hace poco?

—Cuando nací, tonta —dijo Sabine.

Por lo demás, el pelo de Sabine era del color del tabaco seco y lo bastante denso como para esconder cosas dentro. Como un par de pendientes. O una llave de repuesto. A menudo, Sabine utilizaba su pelo en lugar de un bolso para robar, y de vez en cuando reaparecía de repente un objeto perdido o robado. El otro día aparecieron un par de gafas de lectura que había robado en una farmacia, junto con una

pulsera tejida de quién sabe dónde. Sin embargo, nunca la pillaban, y Greta sospechaba que era porque tenía el aspecto desaliñado y descuidado que la gente asociaba con las familias de dinero, y, de hecho, Sabine había sido rica antes de que su padre lo perdiera todo en la bolsa. Desde entonces había sido una especie de vividora.

En cuanto a su personalidad, a Greta le recordaba a una de esas verduras exóticas que le llamaban la atención en el mercado, pero que no sabía cocinar. Colinabo, tal vez, o una alcachofa de Jerusalén. No muy asequibles. Ni dulces ni demasiado familiares. Ni fáciles de hervir ni de untar con mantequilla. No como las mazorcas de maíz. Greta sintió un parentesco repentino con Sabine, ya que ella también era colinabo.

Al parecer, a las abejas no les molestaban los colinabos. A ninguna de las dos les habían picado, ni siquiera una vez. Si una abeja se posaba en el brazo o en la cara de Greta, se la quitaba de encima y seguía con lo que estuviera haciendo. Si se le ocurría asustar a las abejas mientras realizaban alguna tarea, simplemente se agachaba o se alejaba. Nunca la perseguían.

Ahora estaba barriendo las abejas muertas que había alrededor de los pies de Sabine. Barría con cuidado, pues tendían a pegarse en la escoba.

—¿Quieres la aspiradora? —preguntó Sabine.

—Demasiado ruido —contestó Greta.

Sabine se sentó junto a la chimenea, lo bastante grande como para que cupiera una bañera o un ataúd mediano, y la colmena estaba justo encima de su cabeza. La colmena era enorme, se calculaba que tenía más de treinta años, y estaba encajada entre dos vigas expuestas del techo. Con unos dos metros de largo y dieciséis centímetros de ancho, serpenteaba a lo largo de las vigas de forma ondulada.

Sabine había descubierto la colmena poco después de comprar la casa. Había oído zumbidos en el techo y lo derribó con un mazo. Allí descubrió la colmena en plena producción. En lugar de retirarla, como hubiera hecho una persona normal, y trasladarla al exterior, Sabine

pidió a un apicultor local que le construyera un cerramiento. Le gustaba tener abejas en la cocina. El apicultor, un cristiano llamado Gideon que vivía en el campo, construyó una escotilla, una simple caja de madera con fondo de plexiglás, que instaló en el techo. Si uno se colocaba justo debajo de la trampilla y miraba hacia arriba, podía ver claramente la colmena y toda su actividad. También se podía levantar la mano y abrir la trampilla para dejarla al descubierto, pero nunca lo hacían. La trampilla mantenía a las abejas fuera de su vista, por así decirlo, pero siempre había una docena volando alrededor de Greta mientras hacía café por las mañanas.

—Estas abejas parecen japonesas —dijo Greta—. Hay algo kamikaze en la forma en que se estrellan contra las cosas. Parece como si se estuvieran suicidando.

—Son profundamente altruistas —afirmó Sabine.

—Me pregunto si será porque todas son hermanas —dijo Greta.

—Mis hermanos son unos capullos —constató Sabine—. Nunca moriría por ellos.

Otra abeja se estampó contra la ventana, quedando inconsciente. Al cabo de un minuto, más o menos, volvía a zumbear, pero seguía en el suelo, dando patadas con las patas.

—Es otoño —dijo Sabine—. Las hojas caen. Quizá también caigan las abejas.

—O están muriendo por agotamiento —dijo Greta, y vació el recogedor en el enorme fuego. Se preguntó si las abejas aún vivas podrían oler los cuerpos en llamas de sus hermanas perdidas.

—O simplemente están reduciendo sus efectivos al mínimo —dijo Sabine—. Para el próximo invierno. En aras de la eficiencia.

Greta escuchó el crepitar del fuego. Las abejas solían ser más ruidosas que el fuego. Las oía zumbear en sus estúpidos sueños, porque la colmena estaba debajo de su cama, un piso más abajo.

—¿Conoces por casualidad a algún suizo? —preguntó Greta—. ¿Del otro lado del río?

—A cinco —dijo Sabine—. Dos de ellos son artistas, dos son gilipollas y el otro es corredor de bolsa. Son muy aburridos y muy intensos al mismo tiempo, lo cual es una combinación extraña, si lo piensas.

—¿Una de esos gilipollas es ginecóloga?

Sabine tiró su cigarrillo al fuego.

—No, ¿por qué?

—Paciente nueva —dijo Greta.

—¿Otra adicta al sexo?

—Esta nunca ha tenido un orgasmo.

—Vaya —dijo Sabine.

Greta iba a decir algo más, pero cambió de opinión. Quería a Big Swiss solo para ella. Pero Sabine parecía desmejorada y necesitada de alimento.

—A esa suiza le ocurrió algo terrible —dijo Greta.

Un poco de color volvió a las mejillas de Sabine. Su único sustento últimamente eran los cotilleos, sobre todo si tenían que ver con dinero y propiedades inmobiliarias, y la mayoría de los clientes de Om tenían ambas cosas. Sabine encendió otro cigarrillo.

—Solo lo han insinuado —dijo Greta—. Pero parece que esta persona recibió una terrible paliza...

—¿En el mercado inmobiliario?

—Físicamente —dijo Greta.

La cara de Sabine volvió a ponerse gris. Parecía que solo ingería comida de verdad los martes, jueves y sábados, y Greta nunca la había visto beber un vaso de agua. Claro que el agua procedía de un antiguo pozo y olía a roña de pies.

—Cómete uno de esos donuts que compré en la gasolinera —dijo Greta.

—Prefiero comer hielo —dijo Sabine.

Las anoréxicas comen hielo, pensó Greta. Les encanta el hielo, no se cansan de él. De hecho, en realidad tienen antojo de hielo, ¿no? ¿Porque contiene hierro?

—¿El hielo tiene hierro? —preguntó Greta.

—No —dijo Sabine—. Pero muchos anémicos mastican hielo. No recuerdo por qué. Creo que les hace sentirse... vivos, o alerta, o algo así.

Greta sospechaba que Sabine era anoréxica, tanto tradicional como sexualmente. No había follado desde su divorcio. Las relaciones románticas parecían repelerla por completo, y para ella el sexo no valía la pena ni para entablar una conversación trivial. Había adelgazado diez kilos en tres meses, aunque era solo una suposición, ya que la única prenda de ropa que llevaba Sabine era un mono de color hueso y un jersey apolillado de gran tamaño. Greta recordaba haber leído en alguna parte que la anorexia tenía que ver con el control, y Sabine vivía en el caos. Quizá el hecho de controlar lo que dejaba entrar en su cuerpo hacía que su vida pareciera menos loca.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes —contestó Greta.

—Debería mangarnos un filete de los caros —dijo Sabine.

Los lunes tocaba carne. Los martes, queso. Los miércoles, yogur, leche y, de vez en cuando, flores. Los jueves, frutas o verduras. Los fines de semana no había nada: demasiados turistas, demasiados testigos. Pero Sabine solo robaba a los granjeros superricos que estafaban a sus clientes y eran tan tontos como para depender de una caja de dinero en efectivo, el llamado sistema de honor, y no le importaba que la gente lo supiera.

—¿Eres anoréxica? —preguntó Greta—. Puedes decírmelo.

—Soy demasiado vieja para esa mierda —dijo Sabine—. Probablemente tenga cáncer de pulmón. O algún otro cáncer. Solo espero que me mate rápido.

—Si no, te pondré una almohada en la cabeza mientras duermes —dijo Greta—. Y luego me sentaré encima o lo que sea.

—Eres una buena amiga —dijo Sabine con seriedad.

—No creo que sea cáncer —dijo Greta—. Creo que es Lyme.

—Si escucho esa palabra una vez más... —dijo Sabine.

En California no existía la enfermedad de Lyme, así que cuando Greta empezó a transcribir para Om, supuso que se referían a limas. ¿Eran limones del espacio exterior? Parecían haber abducido a todos los habitantes de la ciudad y haberse apoderado de sus cerebros.

Greta estaba deseando volver a Big Swiss. Últimamente, si Greta no se excusaba en ese momento, Sabine le daba tanto palique que Greta sentía como si se le cayeran los brazos, las piernas y acabara retorciéndose en el suelo como las abejas. A veces era necesario salir lentamente de la habitación, mientras Sabine seguía hablando, y luego dar media vuelta y correr a su habitación. Pero Sabine había dejado de parlotear cuando las abejas empezaron a caer muertas.

—Hazme un favor —dijo Greta—. Cómete uno de esos dónuts.

—Sí, sí —dijo Sabine.

Greta salió a buscar a Piñón tres troncos de la pila de leña. La única fuente de calor de su habitación era una estufa de leña con la compuerta rota. El regulador estaba atascado y no se cerraba. Había intentado golpearlo con un martillo. Una, dos, tres veces.

La chimenea se quedaba abierta de par en par. Por consiguiente, el fuego de su habitación nunca era suave y romántico, sino más bien un infierno furioso e impetuoso. Aquel infierno exigía ser alimentado cada tres horas, y si Greta no obedecía, se consumía por completo y tenía que volver a empezar de cero. Así era imposible dormir toda la noche. También era peligroso: parecía inminente que la chimenea se incendiara. Por suerte, sus únicos vecinos eran un parque de bomberos.

Greta metió los troncos en la estufa y se quitó la suciedad del kimono. Piñón saltó a la cama con las patas embarradas. La semana anterior había movido el escritorio hacia el centro de la habitación, donde hacía un poco más de calor. En cualquier momento, Sabine bajaría una caja de pesadas cortinas del desván y las clavaría sobre todas las ventanas, y Greta tendría que trabajar casi a oscuras. Así era la dura vida en la casa holandesa del Gran Bosque. Le gustaba pensar

que era como Laura Ingalls Wilder, es decir, luchadora e ingeniosa; pero en realidad era más como la hermana ciega.

Se puso los auriculares y pisó el pedal.

OM: ¿Tienes un perro?

FEW: Sí. Se llama Silas, y es aterrador.

OM: ¿Tienes miedo de tu propio perro?

FEW: ¿Yo? No. Es aterrador para otros perros y sus dueños.

OM: ¿Qué te gusta de él?

FEW: ¿De mi perro? Que le gusta dar la mano. Y que no le gustan los besos.

OM: ¿Eso también es así en tu caso?

FEW: Sí.

Se había hecho un silencio antes de que ella dijera que sí, un silencio que parecía importante incluir. Greta pulsó el botón de pausa y anotó «preguntar a Om sobre las pausas». Quizá quería reconsiderar su inclusión en las transcripciones. Tenía que reunirse con él dentro de una hora exactamente, y a él le gustaba que se presentara con notas.

OM: Volvamos a la razón por la que estás aquí.

FEW: Quiero tener hijos y quiero tener un orgasmo durante la concepción. Esto no es científico, obviamente, pero creo que tener un orgasmo no solo me ayudará a quedarme embarazada, sino que será bueno para el bebé.

OM: Y para ti.

FEW: ¿Qué?

OM: También sería bueno para ti.

FEW: Ah. Cierto.

OM: Hasta ahora, tengo la sensación de que conoces tu cuerpo a nivel intelectual y probablemente a nivel médico, pero no a nivel emocional. Tengo la impresión de que vives la vida completamente en tu cabeza. Pareces desconectada de tu cuerpo.

FEW: ¿Te refieres a mis dedos azules? Tengo mala circulación.

OM: Me refiero a lo que me has dicho sobre tu aura, y a la forma en que te comportas.

FEW: ¿Cómo me comporto?

OM: Eres un poco rígida, sinceramente.

FEW: Bueno, mi cuerpo muestra signos fisiológicos de excitación durante el día y la noche, con poca o ninguna estimulación. De hecho, mi ropa interior está húmeda en este momento y lo único que he hecho ha sido sentarme. Es como si no tuviera control, como si echara espuma por la boca.

De repente, Greta sintió los oídos calientes y rígidos. Puso el audio en pausa, se quitó los auriculares y se tiró de los lóbulos. Si sus orejas tenían erecciones, no podía imaginar lo que estaría pasando en los pantalones de Om.

OM: La excitación y el deseo son dos cosas diferentes. Personalmente, tengo el problema contrario. Deseo el sexo, pero a veces me cuesta excitarme.

Vale, quizás no estaba pasando nada en los pantalones de Om. Greta imaginó su pene flácido y se estremeció.

OM: Cuando estás excitada, ¿quieres tener relaciones sexuales?

FEW: Solo si estoy borracha.

OM: ¿Estás borracha ahora mismo?

FEW: Son las nueve y cincuenta de la mañana.

OM: Lo sé, estaba bromeando. ¿Te masturbas con regularidad?

FEW: Me parece aburrido, y al final no pasa nada.

OM: La masturbación es una habilidad. Se puede aprender, como cocinar. ¿Has hecho alguna vez un *risotto*?

FEW: Cocinar no se me da bien.

OM: Me pregunto si me permitirías compartir mi viaje personal contigo.

FEW: No, por favor.

OM: ¿Puedo preguntar por qué no?

FEW: ¿No se supone que los terapeutas no deben hablar de sí mismos?

OM: Revelar cosas sobre uno mismo crea compenetración, ¿no? A menudo utilizo mi viaje personal para tratar a los clientes. He reunido muchas herramientas en mi viaje, herramientas que estoy dispuesto a...

FEW: ¿Puedes no volver a utilizar la palabra «viaje»? Me pone la piel de gallina. Tampoco me gustan mucho las «herramientas».

Greta sonrió.

OM: Lo que quiero decir es que puedo ayudarte a integrar tu intelecto con tu sexualidad...

FEW: ¿Qué propones exactamente?

OM: Unos ejercicios relacionados con la respiración, el tacto y la atención plena.

FEW: ¿El tacto?

OM: No hay nada que temer, te lo prometo. Nunca te pediré que hagas nada con lo que no te sientas totalmente cómoda. Todos tenemos un relato o una anécdota sexual que nos intriga o con la que nos identificamos. Tal vez yo pueda ayudarte a descubrir una narrativa que te diga algo. ¿Estás abierta a ello?

esta la forma de Sabine de hacer las paces? ¿Hacerla rica? ¿Para que pudiera vivir sin trabajar nunca más? Greta cerró los ojos.

—¿Estás pidiendo un deseo? —preguntó Sabine.

—Tal vez —respondió Greta.

—No es un regalo, tonta —dijo Sabine.

Greta echó un vistazo dentro. No había diamantes. Tampoco esmeraldas ni rubíes, ni piedras de ningún tipo, ni siquiera dados. En su lugar, un montón de pequeñas bolsitas de plástico con un polvo *beige*. Eran azules y llevaban estampado el símbolo de la silla de ruedas.

—Lo que me queda —explicó Sabine—. Ya no lo quiero. De hecho, me dan ganas de vomitar cada vez que pienso en ello. Pero, por alguna razón, no me atrevo a tirarlo. Lo he intentado, pero no puedo. Así que te pido que lo hagas tú. ¿Lo harás?

Greta se sintió a la vez nerviosa y preparada, igual que las pocas veces que había empuñado un arma.

—Si es mucho pedir, ya se me ocurrirá algo.

Greta examinó una de las bolsas.

—¿Cuánto tiempo estuviste... minusválida?

—Todos los días durante dos años —dijo Sabine—. Me daba demasiada vergüenza contártelo a ti o a cualquier otra persona. Al principio me hacía sentir menos sola, pero llegué a odiarlo de verdad, así que no sé por qué no puedo tirarlo.

—A veces es difícil dejar ir a un amigo secreto, aunque sea una compañía de mierda.

—Siento no habértelo dicho antes —dijo Sabine—. Lamento habértelo ocultado.

Greta también dijo que lo sentía.

Sabine se levantó y besó a Greta en la mejilla.

—Gracias por hacer esto. El próximo invierno te llevaré a México conmigo, lo prometo.

Sabine entró. Greta se quedó mirando el fardo que tenía en el regazo. Suficiente para acabar con su vida, sin duda, o al menos

guardarlo para un día lluvioso. ¿Y no se suponía que llovería mañana? Sería fácil esconderlo en la antesala. Por otra parte, ¿por qué no seguir el consejo de Om y hacer lo contrario que hacía siempre?

Se arrastró hasta el contenedor al costado de la casa, notando la vieja sensación de letargo en su cabeza y sus pies. El cubo estaba lleno, por supuesto. En lugar de dejar la bolsita encima, sacó todas las bolsas de basura (eran cuatro) y dejó caer la bolsita en el fondo del contenedor. Luego abrió una bolsa de basura y la vació encima, enterrándola entre restos de café, cáscaras de plátano, cáscaras de huevo, sobras de comida que nunca habían comido, además de basura del baño, de la cual había bastante, ya que no podían tirar el papel higiénico por el inodoro porque el tanque séptico era viejo y... en fin.

Abrió una segunda bolsa y la vació también, y en ese momento recordó su fallido intento de enterrar las pastillas de su madre de la misma manera, que en aquel entonces no fue capaz de hacerlo, y que habría querido que otra persona lo hiciera por ella.

Cerró la tapa y se dirigió al corral del burro. Pasó junto al cuenco de abejas que devoraban la miel. Pasó junto al gallo Walter, que caminaba erguido y daba patadas altas, una especie de extraña marcha militar. Pasó junto a Piñón, tumbado a la sombra de un algarrobo.

En el corral, los burros estaban cara a cara, soplándose en los orificios nasales, su manera de darse besos. Greta abrió la puerta y silbó. Trotaron hacia ella y luego se detuvieron, se miraron y deliberaron. Nunca hacían nada sin tener en cuenta su necesidad, su potencial de daño o peligro y su buena voluntad. Pero también eran tímidos con Piñón, que ahora estaba sentado a los pies de Greta.

—Está bien —dijo ella—. Nunca os haré daño, y Piñón tampoco. ¿Verdad, Piñón?

Piñón abrió la boca y sonrió.

Los burros se acercaron y olfatearon suavemente las rodillas y los muslos desnudos de Greta, aspirándola con sus fosas nasales

increíblemente suaves. Era la misma forma cuidadosa como bebían agua: no lamiendo, sino inhalando.

Ahora la seguían hasta la bolsa de grano. Ella les daba pequeños puñados.

—Haced eso —dijo Greta.

Sabían exactamente lo que quería. Se apoyaron en sus piernas, uno a cada lado, y mordisquearon.

—Ja, ja, sí —dijo—. ¡Sí!

## AGRADECIMIENTOS

Un agradecimiento especial a Stefan Beck, Sissy Onet, Franny Shaw, Rebecca Goldman, Binky Urban, Ron Bernstein, Kara Watson, Emily Polson, Nan Graham, el equipo de Scribner, Helen Manders, Sophie Lambert, Louisa Joyner, Kate Barrett, Piper Olf, Tom DePietro, Andi State, Allison Toombs, Jess Puglisi, Adrian Kudler, Alan Grostephan, Michelle Latiolais, Ron Carlson, Elisa Albert, Raoul Markaban y la Fundación Holandesa para la Literatura.